# Tu presencia en una casa vacía

*No busca a alguien que la ayude. Busca un espacio para sí misma*



Laura Bellini

# Tu presencia en una casa vacía

No busca a alguien que la ayude. Busca un espacio para sí misma

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903957

ALL-IN Rafał Płonkowski

# ÍNDICE

INTRO ..... 4
Capítulo 1 - Las condiciones de las puertas abiertas ..... 11
Capítulo 2 - Un lugar en la mesa ..... 22
Capítulo 3 - Las cosas que no se pueden mover ..... 34
Capítulo 4 - Lo que no escribimos ..... 44
Capítulo 5 - El derecho a decir que no ..... 55
Capítulo 6 - La cercanía que elegimos ..... 65
Capítulo 7 - Entre las palabras..... 75
Capítulo 8 - Al otro lado de su mundo..... 86
Capítulo 9 - El riesgo de compartir la mesa ..... 97
Capítulo 10 - Una velada sin prisas .....108
Capítulo 11 - No todo tiene que ser compartido ..... 119
Capítulo 12 - El precio de las cosas que no se dicen .....128
Capítulo 13 - Las expectativas de los demás .....140
Capítulo 14 - La verdad sin promesas .....150
Capítulo 15 - Todo lo que no nos dijimos ..... 161
Capítulo 16 - El silencio que importa .....172
Capítulo 17 - Mi propia elección .....182
Capítulo 18 - No basta con pedir perdón.....192
Capítulo 19 - Un lugar para dos ..... 202
Capítulo 20 - Un hogar al que desear regresar.....212

# INTRO

El primer día que me quedé realmente sola en casa, rompí la cerradura de la puerta de la habitación que iba a ser exclusivamente mía.

No lo hice por rabia. Al menos, no de manera consciente. Simplemente giré la llave con demasiada fuerza, oí un chasquido desagradable y me quedé con la cabeza de latón en la mano. El resto permaneció atascado en la cerradura, como si la casa hubiera decidido expresar su opinión sobre mis planes.

—Perfecto —le dije al pasillo vacío—. Empezamos con sinceridad.

Tenía cincuenta años, dos hijos adultos que ya vivían por su cuenta y un trabajo que amaba lo suficiente como para no llamarlo una vía de escape. Llevaba veintitrés años dedicándome a la restauración de muebles. Sabía distinguir las huellas de una reparación antigua de una unión original de la madera, devolverle la vida a un barniz deteriorado y trabajar pacientemente durante varios días en un solo fragmento de marquetería. Sin embargo, era incapaz de responder a mis conocidos cuando me preguntaban qué pensaba hacer con una casa tan grande ahora que mis hijos se habían marchado.

La respuesta era sencilla.

Por fin pensaba vivir en ella.

No limitarme a dormir, cocinar, lavar la ropa y recordar todas las fechas importantes. Quería ocupar espacio sin tener que justificarlo por las necesidades de otras personas. Había planeado convertir la antigua habitación de mi hija en

un pequeño taller para reparaciones de precisión. La de mi hijo se transformaría en una biblioteca donde nadie dejaría pesas encima de los libros. Y el viejo comedor, que hasta entonces se utilizaba principalmente durante las celebraciones familiares, había decidido abrirlo a encuentros de lectura entre vecinos.

Esa última idea no significaba que quisiera volver a organizarles la vida a todos. Según mi plan, cada persona llevaría sus propios libros, su propio té y hasta su propia silla si no había suficientes asientos. Yo ofrecía el espacio, no mi disponibilidad permanente.

Al menos, eso era lo que decía el plan escrito en mi cuaderno nuevo.

El teléfono vibró sobre el alféizar de la ventana.

«Regina, querida, ¿podrías preparar algo dulce para el primer encuentro?», escribió la señora Halina, que vivía en la calle de al lado. «¡Tienes unas manos maravillosas!».

Miré el mensaje y después la llave rota.

Durante años había bastado con que alguien me llamara resolutiva para que yo asumiera otra responsabilidad. Tener unas manos maravillosas significaba reparar, preparar, limpiar y asegurarme de que todo estuviera bajo control. Sin embargo, aquel día mis manos querían sostener papel de lija, no una bandeja de horno.

Le respondí que cada uno podía llevar algo para compartir.

Leí mi respuesta tres veces antes de enviarla.

Al otro lado de la ventana comenzaba una tarde de octubre. Nuestra calle, en las afueras de Poznań, parecía tranquila, casi adormecida. Las hojas mojadas se pegaban a

la acera y, detrás de las vallas, flotaba el olor a humo de las chimeneas. Nuestra casa estaba al final de una corta hilera de viviendas parecidas, pero durante veinte años había estado tan llena de voces que nunca me había detenido a pensar en su acústica. Ahora escuchaba cada crujido de la escalera.

Bajé al comedor con el cuaderno y una cinta métrica. En el centro de la habitación estaba la mesa de roble que había pertenecido a mis padres. Tenía la superficie arañada, una pata ligeramente más oscura que las demás y una estructura hermosa y sólida. No pensaba sustituirla. Junto a la ventana esperaba una estantería vacía, que había comprado por poco dinero cuando cerraron una biblioteca escolar. Necesitaba una buena limpieza, reforzar dos baldas y reparar el panel trasero.

Adoraba aquellos objetos.

No fingían que nunca les hubiera ocurrido nada.

Estaba extendiendo la cinta métrica cuando sonó el timbre.

En el porche había un hombre al que había visto algunas veces al otro lado de la calle. Recordaba su cabello entrecano, su abrigo oscuro y la costumbre de caminar con un libro bajo el brazo. Era alto, pero no parecía utilizar su estatura para imponerse a los demás. Se mantenía a medio paso de la puerta, como alguien dispuesto a respetar una negativa.

—¿Regina Chmiel? —preguntó.

—Depende de quién pregunte.

Sonrió lentamente.

—Mirosław Borek. Vivo en el número diecisiete. Halina me ha dicho que está organizando encuentros de lectura.

—¿También le ha dicho que preparo pasteles?

—No. Me ha advertido que quizá no le gusten las visitas inesperadas.

—Entonces, por primera vez, ha transmitido algo con absoluta precisión.

Soltó una risa suave. Tenía una voz grave, con una ligera ronquera que conseguía que incluso las frases más corrientes sonaran como parte de una conversación más larga. No me observaba de manera insistente. Dirigió una breve mirada a la cinta métrica que sostenía en la mano y después a la puerta abierta del comedor.

—He venido con una propuesta —dijo, mostrándome una carpeta delgada—. Pero puedo volver en otro momento si la estoy molestando.

Estuve tentada de responder que sí, que me molestaba. No porque fuera cierto, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, aquel día me pertenecía por completo y todavía no sabía cómo defenderlo.

—Cinco minutos —decidí.

Entró, se limpió cuidadosamente los zapatos y se detuvo en el umbral del comedor. Vi que examinaba la estantería, pero no hizo ningún comentario sobre su estado. Solo después de un momento se acercó un poco más.

—Es un mueble precioso —dijo.

—Está torcido.

—Una cosa no excluye la otra.

Volví la cabeza hacia él. Los hombres que había conocido solían empezar preguntando si necesitaba ayuda para mover las cosas pesadas. Él contemplaba aquella estantería vacía como si pudiera imaginar los libros que algún día ocuparían sus baldas.

—¿Es carpintero?

—Traductor. Me manejo mucho peor con la madera que con las palabras. Pero sé reconocer algo que una persona ha decidido conservar simplemente porque no cree que haya que tirarlo en cuanto deja de parecer perfecto.

No supe por qué aquella frase me hizo detenerme. Tal vez fuera su manera de decirla, sin intentar impresionarme. O quizá el hecho de que hacía mucho tiempo que nadie hablaba delante de mí sobre las imperfecciones sin sugerir que debían corregirse inmediatamente.

Mirosław dejó la carpeta en el borde de la mesa.

—La señora Halina está reuniendo a los vecinos interesados en participar. He pensado que podríamos hacer algo más que una velada aislada. Un pequeño club de lectura, quizá un intercambio de libros. Yo podría ocuparme de los textos, de seleccionar las lecturas y de mantener el contacto con la gente.

—¿Y yo me encargaría del local, del té, de limpiar y de asegurarme de que todo el mundo estuviera contento?

Me miró con mayor atención.

—Yo no he dicho eso.

—Lo sé. Ese tipo de cosas rara vez necesitan decirse.

Guardó silencio durante unos instantes. No parecía ofendido, sino más bien alguien que intentaba averiguar en

qué momento de una conversación aparentemente normal había dado un paso equivocado.

—Tiene razón en que deberíamos definir las responsabilidades —respondió por fin—. No he venido a buscar una anfitriona.

—¿Y a quién ha venido a buscar?

Abrió la boca, pero la respuesta no llegó de inmediato.

Aquella vacilación despertó más mi curiosidad que la carpeta que había preparado.

—A alguien que quiera participar en las decisiones —dijo finalmente.

Miré la estantería vacía y después sus manos, que descansaban tranquilamente sobre la mesa. No movía mis apuntes ni intentaba curiosear en mi cuaderno. Estaba en una casa ajena y me dejaba a mí el derecho de decidir qué distancia debía existir entre nosotros.

—Sus cinco minutos han terminado —señalé.

—Lo sé.

Sin embargo, no se movió hasta que le indiqué la puerta. Entonces recogió la carpeta sin apresurarse.

—¿Puedo dejarle mi número de teléfono? —preguntó—. No tiene que tomar ninguna decisión ahora.

Le ofrecí un bolígrafo. Escribió el número en el reverso de una hoja en blanco y la dejó junto a la cinta métrica. Su letra era pequeña y uniforme, con una «a» característicamente abierta.

Al salir, se fijó en la cerradura estropeada de la puerta del piso de arriba.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Mío —respondí.

Asintió.

—Entiendo. Hasta la vista, señora Regina.

Cuando cerré la puerta detrás de él, sentí una extraña insatisfacción. No había intentado convencerme de nada. No se había ofrecido a reparar la cerradura ni me había asegurado que todo sería más sencillo si le dejaba hacerse cargo. Se había limitado a dejarme una propuesta que podía gustarme o no.

Regresé al comedor. Sobre la mesa estaba la hoja con su número, junto a mi plano, en el que había calculado cada centímetro. A través de la ventana vi a Mirosław cruzar la calle. Se detuvo junto a una vecina mayor, recogió las manzanas que se le habían caído de la bolsa, se la devolvió y continuó su camino. No esperó a que le diera las gracias.

Deslicé la hoja con su número un poco más cerca de mi cuaderno.

Anhelaba una casa en la que nadie necesitara de mí más de lo que yo misma estuviera dispuesta a ofrecer. Y, sin embargo, por primera vez en muchas semanas, el silencio ya no me parecía únicamente una recompensa.

Permanecí de pie junto a la estantería vacía, sosteniendo entre los dedos el número de un hombre al que apenas conocía, y me hice una pregunta que todavía no tenía el valor de responder:

¿Sería capaz de dejar entrar a alguien en mi vida sin cederle el espacio que apenas estaba empezando a recuperar?

# Capítulo 1 - Las condiciones de las puertas abiertas

A la mañana siguiente descubrí que lo más difícil de recuperar mi propia vida no era tomar decisiones. Lo más difícil era soportar el hecho de que los demás también tenían sus propias ideas.

La señora Halina llamó a las ocho y diecisiete, justo cuando estaba aplicando la primera capa de goma laca a una silla restaurada. Contesté al teléfono con el codo, porque tenía las dos manos ocupadas y el aparato descansaba sobre el alféizar de la ventana del taller. Mi interlocutora no perdió tiempo en saludos.

—¡Regina, querida, ya somos ocho! Bueno, en realidad nueve, porque la señora Teresa quiere traer a su hermana. He pensado que, ya que empezamos, deberíamos hacer las cosas bien.

La expresión «hacer las cosas bien», pronunciada por Halina, siempre significaba que alguien más iba a tener mucho trabajo.

—Eso es estupendo —respondí con cautela—. Pero habíamos quedado en que primero hablaríamos de las normas.

—Precisamente por eso he convocado una pequeña reunión. Hoy a las cinco de la tarde. En tu casa, por supuesto, porque allí es donde estará nuestra pequeña biblioteca.

Detuve la mano que sostenía la muñequilla de pulir.

—¿Has organizado una reunión en mi casa sin preguntarme?

—Ay, no lo digas con ese tono. Si la iniciativa fue tuya.

Miré la silla. El tono oscuro del nogal recuperaba su profundidad y las pequeñas marcas iban desapareciendo lentamente bajo mis dedos. Cuando trabajaba con madera, me gustaba la previsibilidad. Cada acción tenía una consecuencia, cada error dejaba una huella que podía comprenderse. Con las personas era distinto. Eran capaces de convertir una propuesta tuya en una obligación antes de que terminaras de pronunciar la frase.

—Halina, podemos celebrar la reunión, pero no voy a preparar ninguna recepción. Y a las cinco tendré que dejar de trabajar.

—Maravilloso. Sabía que aceptarías.

Colgó antes de que pudiera precisar qué era exactamente lo que había aceptado.

Permanecí inmóvil unos instantes. Después dejé la muñequilla, me lavé las manos y saqué mi cuaderno. En una página en blanco escribí con letras grandes: «MIS NORMAS NO SON UNA PETICIÓN».

No era una frase especialmente elegante, pero me proporcionó cierto alivio.

A las cinco de la tarde había seis personas sentadas en el comedor, dos permanecían junto a la ventana y la señora Halina distribuía con entusiasmo unas tazas que había sacado ella misma de mi aparador. Había traído un pastel de semillas de amapola, la señora Teresa unas galletas de mantequilla y el señor Antoni, un profesor de Historia jubilado, se presentó con una bolsa de libros y la firme convicción de que, sin los clásicos de la literatura polaca, todo aquel proyecto carecía de sentido.

Mirosław Borek fue el último en llegar.

No llevaba el abrigo que recordaba del día anterior. Un jersey azul marino y una camisa clara le daban un aspecto menos formal y, al mismo tiempo, más interesante. Las canas de las sienes acentuaban sus rasgos. Saludó a todos, pero a mí me dedicó una inclinación de cabeza aparte, como si recordara que era yo quien decidía si su presencia resultaba bienvenida.

—Solo me he traído a mí mismo —dijo en voz baja cuando le ofrecí una silla—. Me ha parecido más prudente que aparecer con otra carpeta.

—Depende de lo que tenga en la cabeza.

—Por desgracia, bastante más que en la carpeta.

Sonreí sin querer.

Halina dio unas palmadas.

—¡Queridos, empecemos! Regina nos ofrece su maravillosa casa, Mirek sabe mucho de libros y yo me encargaré de la organización. Creo que reunirnos todos los miércoles sería perfecto.

—Antes de decidir lo de los miércoles, me gustaría aclarar algo —dije.

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

No era una persona tímida. Dirigía mi propio negocio, negociaba precios con los clientes y sabía negarme a realizar una reparación irreversible incluso cuando me la exigía un coleccionista muy influyente. Sin embargo, ante aquella mesa llena de vecinos sentí una tensión familiar. No se trataba de mis capacidades. Se trataba de si tenía derecho a resultar menos complaciente de lo que los demás esperaban.

—Quiero que creemos un lugar donde conversar sobre libros —empecé—. Pero sigue siendo mi casa. No estará abierta sin límites. Las reuniones podrán celebrarse dos veces al mes, no todas las semanas. Cada participante se encargará de recoger lo que haya utilizado. No pienso cocinar ni preparar comida para todo el grupo.

Halina arqueó las cejas.

—Regina, querida, nadie pretende aprovecharse de ti.

—Precisamente por eso no debería haber ningún problema en establecer unas normas.

Se hizo el silencio.

Mirosław estaba sentado frente a mí. No sonreía. Hacía girar un bolígrafo entre los dedos, pero cuando nuestras miradas se encontraron, lo dejó sobre la mesa.

—Regina tiene razón —dijo—. Solo propondría que fuéramos un paso más allá.

Me preparé para una objeción.

—Lo escucho.

—Si queremos que sea un proyecto compartido, no podemos basarlo exclusivamente en la vivienda particular de una persona. Necesitamos unas normas que permitan que el proyecto continúe incluso cuando la dueña de la casa quiera viajar, trabajar o, sencillamente, cerrar la puerta.

Sonaba razonable. Demasiado razonable para que pudiera protestar inmediatamente.

—¿Qué propone?

—Un pequeño equipo organizador. Tres personas que se turnen para responsabilizarse de las reuniones. Podemos empezar aquí, pero desde el principio deberíamos buscar

otro espacio, aunque solo sea una sala cedida por alguna asociación del barrio.

Halina parecía decepcionada.

—Pero aquí se está tan a gusto...

—Precisamente por eso resulta fácil confundir la hospitalidad de alguien con un servicio permanente —respondió Mirosław.

Lo observé con más atención.

Podría haberse limitado a respaldar mis condiciones. En lugar de eso, había planteado una exigencia propia, más difícil: si queríamos crear algo entre todos, teníamos que compartir la responsabilidad desde el principio. Y eso significaba que yo no podría decidir por mi cuenta todo lo que ocurriera dentro del proyecto.

—No quiero que nadie venga a organizarme la casa —dije.

—Y nadie debería hacerlo. Pero, si esto va a ser un club vecinal, los demás deben tener derecho a participar en la elaboración del programa. De lo contrario, seremos invitados a sus veladas privadas.

—No parece usted un hombre que acepte fácilmente las normas ajenas.

—Depende de si se han establecido con sensatez.

Percibí una nota de diversión en su voz.

—¿Y las mías no son sensatas?

—Sí. Son necesarias. Pero todavía están incompletas.

No recordaba la última vez que alguien me había llevado la contraria de una manera que no despertara en mí la necesidad de defenderme inmediatamente. Mirosław no

intentaba ganar la discusión. Le interesaba encontrar una solución, aunque eso exigiera que yo también cediera en algo.

El señor Antoni se inclinó sobre la mesa.

—¿Podríamos decidir qué vamos a leer exactamente? Porque, si empezamos por la organización, llegará diciembre y no habremos abierto ni un libro.

Estallaron las risas y la tensión se disipó.

Durante los siguientes cuarenta minutos hablamos de los detalles. Teresa propuso un intercambio de libros, Antoni sugirió breves introducciones sobre determinados autores y una vecina más joven, Marta, quería crear un sencillo grupo en internet. Halina, que había recuperado el entusiasmo, se ofreció a recopilar propuestas de fechas.

Mirosław anotaba los acuerdos en una hoja, pero de vez en cuando me preguntaba mi opinión. No lo hacía de manera ostentosa. Simplemente recordaba que cualquier decisión relacionada con mi casa requería mi consentimiento.

Cuando la conversación llegó al tema de la estantería, la señora Teresa sugirió que su cuñado podía pintarla rápidamente de blanco.

—No —respondí con demasiada brusquedad.

Todos callaron.

Me acerqué al mueble y deslicé la mano por uno de sus laterales.

—Es una estantería antigua de madera maciza. Tiene pequeños desperfectos, pero conserva su acabado original. La pintura blanca ocultaría todo lo que le da carácter. Puedo restaurarla, solo necesito tiempo.

—Por supuesto —dijo Teresa, visiblemente avergonzada—. Solo quería ayudar.

—Lo sé. Perdona mi tono.

Mirosław se levantó y se acercó.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días, si no tengo otros encargos.

—¿Y si los tiene?

—Entonces tardaré más.

—Perfecto. Podemos celebrar la primera reunión sin que la estantería esté terminada.

Lo miré.

—¿No le molesta que la habitación esté a medio terminar?

—Me molestaría bastante más que alguien estropeara un buen mueble solo para tenerlo listo el jueves.

Durante una fracción de segundo estuvimos demasiado cerca para que nuestra conversación pareciera exclusivamente profesional. Percibí el aroma discreto de su perfume, con notas de cedro y algo cítrico. Mirosław fue el primero en retroceder, dejándome espacio.

Lo hizo con tanta naturalidad que solo unos instantes después fui consciente de mi propia decepción.

Cuando terminó la reunión, los vecinos empezaron a recoger la vajilla. Halina todavía intentó decidir el menú del siguiente encuentro, pero Marta le recordó nuestros acuerdos. Observé aquello con una satisfacción silenciosa. Por primera vez, otra persona se ocupaba de defender los límites que yo había establecido.

Mirosław se quedó junto a la mesa, ordenando sus apuntes.

—Me gustaría ver lo que ha escrito —dije.

Me entregó la hoja.

En la parte superior se leía: «Encuentros de lectura — proyecto compartido». Debajo había enumerado las fechas propuestas, el reparto de responsabilidades y las cuestiones pendientes de decisión. Junto a mi nombre no aparecía la palabra «anfitriona». En su lugar había escrito: «Regina — espacio, equipamiento, decisiones relativas a la casa».

Junto al suyo figuraba: «Mirosław — programa, contacto con los participantes, documentación».

—Es usted muy organizado —observé.

—Una deformación profesional. Un traductor que no presta atención a los significados puede causar bastantes problemas.

—¿Y una persona que presta demasiada atención a los significados?

—A veces no se da cuenta de lo que alguien intenta decir entre líneas.

Me miró y después cerró el cuaderno.

No sabía si aquella observación se refería a él, a mí o a los dos.

—No me gustan las sorpresas —dije.

—Me he dado cuenta.

—Y no pienso renunciar a mi taller ni cambiar mis planes solo porque a alguien le haya gustado mi casa.

—No espero que lo haga.

—Y, sin embargo, propone algo sobre lo que yo no tendré un control absoluto.

Reflexionó unos instantes antes de responder.

—Sí. Porque una comunidad empieza donde termina el derecho exclusivo de una sola persona a tomar todas las decisiones. Pero su casa sigue siendo su casa. Son dos cosas distintas.

Hablaba tranquilamente. No había el menor rastro de condescendencia en su voz. Precisamente por eso tenía ganas de seguir discutiendo, en lugar de dar por terminada la conversación.

—¿Siempre tiene una respuesta preparada?

—No. Ayer, por ejemplo, no la tenía.

Recordé su vacilación cuando le había preguntado a quién buscaba realmente.

—Hoy tampoco tengo respuesta para todo —añadió.

Sonreí.

—Tal vez sea el comienzo de una colaboración sensata.

—Suena como un elogio extraordinariamente prudente.

—Será mejor que se acostumbre.

Lo acompañé hasta la puerta. Se detuvo en el umbral, como si quisiera decir algo más. Durante un breve instante vi en su rostro una inseguridad que no había mostrado antes.

—El sábado tengo la tarde libre —empezó—. Podríamos hablar de los detalles del programa. Sin todo el grupo será más fácil determinar qué esperamos los dos.

—El sábado trabajo.

—Entiendo.

No me preguntó a qué hora terminaría. Tampoco propuso venir al taller. En lugar de eso, fue a buscar su abrigo.

Aquella discreción era educada, pero me irritó inesperadamente.

—El domingo tengo tiempo después de las cuatro —dije.

Se volvió.

—El domingo me viene bien.

—Solo asuntos organizativos.

—Por supuesto.

Tenía esa clase de sonrisa que no restaba seriedad a las palabras, pero conseguía darles un significado adicional.

Cuando se marchó, permanecí un momento junto a la puerta, escuchando cómo se alejaban sus pasos. No me sentía como una mujer que acababa de aceptar otra obligación vecinal. Más bien como alguien que había abierto una pequeña ventana en una habitación donde llevaba mucho tiempo faltando aire.

Al día siguiente llamó mi hija, Natalia.

—Mamá, la señora Halina me ha contado que estás organizando una especie de club de lectura. Por lo visto, todo el mundo está encantado.

—Todo el mundo menos yo, cuando intentan decidir mis horarios.

Natalia se echó a reír.

—O sea, que todo sigue como siempre.

Guardé silencio.

—No, cariño. Precisamente estoy intentando hacer las cosas de otra manera.

Al otro lado de la línea hubo una breve pausa.

—Eso está bien —dijo finalmente—. De verdad que está muy bien.

Seguimos hablando de su trabajo, de su nuevo piso y de los planes para el fin de semana. Cuando colgamos, regresé al comedor. Los apuntes de Mirosław seguían sobre la mesa. Los cogí y volví a leerlos.

En el margen inferior había añadido una frase que no había advertido antes: «Ninguna reunión es más importante que el derecho de quien ofrece su casa a disponer de su propio tiempo».

No sabía si la había escrito para mí o para sí mismo.

Lo que sí sabía era que el domingo pensaba preguntárselo.

Aquella noche intenté leer, pero cada pocas páginas mis pensamientos regresaban a la conversación junto a la estantería. No a su rostro, aunque podía recordarlo sin ninguna dificultad. Ni siquiera a su voz, que adquiría una extraña suavidad cuando dejaba de argumentar.

Pensaba en que no había intentado hacerme sentir necesaria.

Y quizá precisamente por eso estaba empezando a desear que volviera.

# Capítulo 2 - Un lugar en la mesa

El domingo, a las tres y cuarenta y cinco de la tarde, estaba delante del espejo de mi dormitorio preguntándome por qué elegir un jersey se había convertido de repente en un problema.

Al fin y al cabo, iba a reunirme con un vecino para hablar del club de lectura. No tenía una cita romántica, no había planeado ninguna cena especial y tampoco pretendía impresionar a un hombre al que conocía desde hacía apenas unos días. Aun así, aparté el jersey gris de cuello alto porque me parecía demasiado severo y elegí uno suave, de color burdeos, con un escote amplio.

Después concluí que el simple hecho de estar pensando en aquello era ridículo.

Por suerte, nadie podía pedirme explicaciones.

Mirosław llamó al timbre exactamente a las cuatro. Esta vez llevaba una bolsa de papel y un libro pequeño de cubierta azul marino.

—Antes de que proteste, aquí no hay nada que requiera preparación —dijo a modo de saludo.

Miré dentro de la bolsa. Había dos porciones de tarta de queso en una caja y té de hojas sueltas.

—¿Ha traído algo para servir?

—He traído un postre para dos personas. Hay una diferencia fundamental.

—Veo que sabe utilizar cualquier formulación en su propio beneficio.

—Los traductores podemos ser peligrosos.

Lo dejé entrar.

No le ofrecí café inmediatamente. Primero lo llevé al comedor, donde había extendido sobre la mesa el plano de la habitación, una lista de materiales necesarios y un boceto de la distribución de los muebles. Vi que examinaba todo con auténtico interés.

—Ha preparado un proyecto —dijo.

—Me gusta saber adónde voy.

—Y a mí me gusta saber con quién voy.

Levanté la mirada del dibujo.

—Se suponía que esta era una reunión organizativa.

—Y precisamente desde un punto de vista organizativo intento comprender cómo trabaja.

No estaba segura de si bromeaba. Sin embargo, en su rostro apareció el esbozo de una sonrisa que sugería que era perfectamente consciente del doble sentido de sus palabras.

Nos sentamos frente a frente. Mirosław sacó su cuaderno y yo abrí el mío, el mismo en el que dos días antes había escrito mi declaración sobre mis propias normas. Por suerte, no miró la primera página.

—Me gustaría que estableciéramos un objetivo concreto —empecé—. No me interesa un club que, después de tres reuniones, se convierta en una sucesión de compromisos sociales obligatorios.

—De acuerdo. Propongo seis reuniones de prueba. Dos al mes, de noventa minutos cada una. En cada reunión habrá una persona encargada de dirigirla. Al cabo de tres meses comprobaremos si la gente realmente quiere continuar.